

S. ANSELMO SOBRE LAS TRES CUESTIONES DE WALERÁN, Y ESPECIALMENTE SOBRE EL PAN ÁZIMO Y FERMENTADO. Remite primero a otro la respuesta a la primera cuestión de Walerán, que era sobre la procesión del Espíritu Santo; luego refuta el error de los griegos sobre el sacrificio en pan fermentado: indicando sin embargo que también aquel que usara fermento consagraría el cuerpo de Cristo; aunque lo haría más conforme a Cristo quien consagrara con pan ázimo. Finalmente, responde brevemente a la tercera cuestión, que trata sobre los matrimonios.

135 ANSELMO, siervo de la Iglesia de Canterbury, a WALERÁN, obispo de Newenburg.

Hablo brevemente al que sabe. Si estuviera seguro de que vuestra prudencia no favorece al sucesor de Julio César, Nerón y Juliano el Apóstata, contra el sucesor y vicario del Apóstol Pedro, con mucho gusto os saludaría como a un obispo muy amigo y reverendo. Sin embargo, puesto que en la defensa de la verdad, que buscáis contra los griegos que han venido a vosotros, no debemos faltar a nadie según nuestra capacidad: os envié un opúsculo que publiqué contra ellos sobre la procesión del Espíritu Santo.

CAPÍTULO PRIMERO. Conservando la verdad del Sacramento, se puede usar pan ázimo o fermentado.

Sobre el sacrificio, en el cual los mismos griegos no sienten lo mismo que nosotros, parece por muchas razones católicas que lo que hacen no es contra la fe cristiana. Pues tanto el que sacrifica con pan ázimo como con fermentado, sacrifica. Y cuando se lee sobre el Señor, cuando hizo su cuerpo del pan, que tomó el pan y lo bendijo; no se añade, ázimo o fermentado. Sin embargo, es cierto que bendijo el ázimo; tal vez no porque la cosa que se hacía lo exigiera; sino porque la cena en la que esto se hizo lo exigía. Y cuando en otro lugar se llamó a sí mismo y a su carne pan (Juan VI, 52), porque, así como con este pan el hombre vive temporalmente, así con aquel vive eternamente, dijo, ázimo o fermentado; porque ambos son igualmente pan. Pues no difieren ázimo y fermentado sustancialmente (como algunos piensan) así como el hombre nuevo antes del pecado y el envejecido por el fermento del pecado no difieren sustancialmente. Por esto parece que se llamó a sí mismo y a su carne pan, e hizo su cuerpo del pan: porque así como este pan ázimo, o fermentado, da vida transitoria; así su cuerpo da vida eterna: no porque sea fermentado o ázimo. Aunque en la Ley, donde casi todo se hacía en figura, se ordenó comer pan ázimo en la Pascua (Éxodo XII, 15); para mostrar que Cristo, a quien esperaban, sería sincero y puro; nosotros, que íbamos a comer su cuerpo, también fuéramos advertidos de ser puros de todo fermento de malicia y maldad. Ahora bien, después de que hemos pasado de la figura antigua a la nueva verdad y comemos la carne ázima de Cristo, no nos es necesaria aquella figura antigua en el pan, del cual hacemos su carne.

CAPÍTULO II. Es más apropiado consagrar el Sacramento en ázimo que en fermentado.

Sin embargo, es clarísimo que es mejor sacrificar con ázimo que con fermentado, tanto porque se hace de manera más apropiada, más cuidadosa y diligente, como porque el Señor lo hizo así. Por lo tanto, no debe callarse que, cuando los griegos anatematizan la azimidad (así nos llaman), anatematizan a Cristo. Si dicen que judaizamos; digan también que Cristo judaizó. Y si se atreven a afirmar que Cristo, por judaísmo, para cumplir el precepto del ázimo, hizo su cuerpo de ázimo, erran absurdamente: pues piensan que él infectó una novedad tan sincera con el fermento de la antigüedad. Está claro, pues, que, cuando usó ázimo para esa obra, no lo hizo para cumplir el precepto del ázimo, sino para reprobar a los

fermentarios, que preveía, aprobando la azimidad; o ciertamente para que, si también los fermentarios fueran aprobados, la azimidad también lo fuera.

CAPÍTULO III. Los latinos que consagran en ázimo no judaizan.

Lo que dicen que judaizamos no es verdad: porque no sacrificamos con ázimo para cumplir la ley antigua: sino para que se haga con más diligencia, e imitemos al Señor, que lo hizo no judaizando. Pues cuando hacemos algo que los judíos hacían para guardar el judaísmo, no judaizamos, si no lo hacemos por judaísmo, sino por otra causa. Pues si en los días de Pascua alguien come pan ázimo, ya sea porque no tiene otro, o porque le gusta más que el fermentado; o si alguien por enfermedad se ve obligado a circuncidar el prepucio; o si alguien no tapa la boca de su buey que trilla, para que no pase hambre, nadie, salvo un insensato, juzgará que quien hace estas cosas judaiza. Por lo tanto, cuando sacrificamos pan ázimo, no es para significar por la figura del ázimo que el Señor Jesús sería tal, sino para sacrificar el mismo pan en su cuerpo, operando la virtud divina, como él mismo lo hizo: de ninguna manera en esto guardamos la antigüedad de la Ley, sino que celebramos la verdad del Evangelio. Finalmente, cuando él mismo lo hizo, 136 y dijo a sus discípulos: Haced esto en memoria mía (Lucas XXII, 19); si no hubiera querido que nosotros, a quienes lo mandó en los apóstoles, lo hiciéramos con ázimo, nos habría advertido en ellos; y habría dicho: No lo hagáis con ázimo. Por lo tanto, cuando dijo, Haced esto, no exceptuó el ázimo, ¿quién es el que se atreve a exceptuar lo que él hizo, y prohibir lo que él no solo no prohibió con palabra alguna, sino que también ordenó con su obra? ¿Quién, digo, salvo el que sabe más de lo que debe saber, confía tanto en su sabiduría, que se atreve a afirmar, que, cuando el Señor dijo: Haced esto, como entendemos adecuadamente, lo que yo: así debe entenderse sin duda, pero no de esto, de lo que yo. Además, si debemos ejecutar las cosas divinas por aquellas que conocemos más dignas, ya que el sacrificio, del que se trata, debe celebrarse de la sustancia del pan, ya sea ázimo o fermentado, ¿qué pan consideramos más digno para hacer la verdad del cuerpo del Señor, sino aquel que tanto la ley antigua eligió para significar, como el Evangelio para exhibir la misma verdad? Si, pues, respondemos a los griegos que hacemos esto con ázimo, no por la figura, sino por las causas mencionadas, nada puede entenderse aquí, por qué los griegos nos juzgan correctamente anatematizables, o al menos reprochables.

CAPÍTULO IV. Se revierte en los griegos la argumentación con la que prueban que los latinos que consagran en ázimo judaizan.

Pero si dicen que no podemos hacer esto con ázimo sin el entendimiento de la figura; por lo cual se prueba que judaizamos: entonces tampoco ellos pueden usar fermentado para esto mismo sin figura; porque la Escritura antigua también designa el pecado por el fermento, cuando prohíbe comer fermentado en su Pascua (Éxodo XII, 15); y la nueva, cuando nos advierte en nuestra Pascua a no celebrar con el fermento viejo, ni con el fermento de malicia y maldad (I Cor. V, 8). Decimos también que no judaizamos, si mantenemos la figura en el ázimo: porque no significamos que Cristo vendrá sin el fermento del pecado, como los judíos; sino que mostramos que vino así, como cristianos: y por esto se nos advierte a exhibirnos a nosotros mismos como es nuestra Pascua que comemos. Ellos, sin embargo, no se profesan ni judíos ni cristianos en esto, porque no significan a Dios en la figura de su fermento, ni que vendrá, como los judíos; ni que vino, como los cristianos, sin pecado: sino que más bien parecen favorecer a los paganos, que piensan que él, como otros hombres, está fermentado con pecado. Si dicen que los cristianos no deben usar figuras, porque las cosas viejas pasaron (II Cor. V, 17), en las que eran necesarias: nieguen (por no mencionar otras cosas) que el bautismo es figura de cierta muerte y sepultura, contra el Apóstol que dice: Porque todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su

muerte. Porque hemos sido sepultados con él por el bautismo en la muerte (Rom. VI, 3 y 4). O si conceden que usamos figuras, pero no en las mismas cosas que la ley antigua usaba en figura, y por eso no se debe tomar pan ázimo para ninguna figura, porque en esa misma ley se toma para esto: no bauticen en agua, porque nuestros padres todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar (I Cor. X, 2); lo cual no se puede negar que fue en figura: no parezcan bautizar con el bautismo de Juan, que bautizó en agua. Si, pues, bautizamos irreprochablemente en figura en agua: aunque aquel bautismo antiguo, que fue figura de este nuevo, fue en agua: ¿cuál es esta sabiduría de los griegos, que porque la antigua Pascua, por la cual la nuestra fue figurada, se celebró en ázimos, detestan que sacrifiquemos el cuerpo de Cristo, que es nuestra Pascua, de ázimo en figura, ya sea para conmemorar que tal fue aquel, cuyo cuerpo sacrificamos, a saber, sin la infección del pecado; o para advertirnos que, porque comemos su cuerpo, debemos ser tales, según el Apóstol que dice: Expurgad el viejo fermento, para que seáis nueva masa, como sois ázimos. Porque nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado. Así que celebremos no con el fermento viejo, ni con el fermento de malicia y maldad; sino con los ázimos de sinceridad y verdad (I Cor. V, 7 y 8).

CAPÍTULO V. Lugares de la Escritura que los griegos abusaban contra los latinos en la controversia sobre el fermentado, expuestos adecuadamente, y primero se trata de aquello: La letra mata.

Por lo tanto, ya sea que sacrifiquemos pan ázimo en figura, o sin ninguna figura, los griegos no pueden mostrarnos de ninguna manera como reprochables; sino que o solo nosotros actuamos bien, ellos no bien; o nosotros mejor y más diligentemente, si ellos bien. Sin duda, muestran suficientemente que no tienen ninguna razón para confirmar su parte, debilitando la nuestra: cuando traen esto contra nosotros, que de ninguna manera se conoce que esté contra nosotros, o con ellos. Nos objetan, como leí en vuestra carta, lo que dice el Apóstol: Porque la letra mata; pero el espíritu vivifica (II Cor. III, 6); y lo que el profeta Amós: Ofreced, dice, sacrificio de alabanza con fermentado (Amós IV, 5). De donde se esfuerzan por mostrar que la letra, que ordena celebrar la antigua Pascua en ázimos, nos mata; cuando la guardamos, sacrificando ázimo, no entendiendo bien las palabras del Apóstol. Porque la letra se dice que mata cuando, ordenando apartarse del pecado, muestra el pecado: porque, a menos que la gracia ayude para que se haga lo que se ordena, hace al hombre desobediente y transgresor. Lo cual el mismo Apóstol muestra claramente en la Epístola a los Romanos, diciendo: No conocí el pecado sino por la ley. Porque no conocía la concupiscencia, si la ley no dijera: No codiciarás (Éxodo XX, 17). Pero el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, obró en mí toda concupiscencia. Porque sin la ley el pecado estaba muerto. Pero yo vivía sin la ley alguna vez. Pero cuando vino el mandamiento, el pecado revivió. Pero yo morí, y el mandamiento que era para vida, se encontró para muerte. Porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató (Rom. VII, 7 y ss.). Así la letra sin la gracia que ayuda mata, pero el Espíritu vivifica; como dice el mismo Apóstol a Tito: Pero cuando apareció la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino según su misericordia nos salvó por el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, que derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia seamos herederos según la esperanza de la vida eterna (Tito III, 4 y ss.). Por eso, cuando dijo: Nuestra suficiencia es de Dios, que también nos hizo ministros competentes del Nuevo Testamento, no de la letra, sino del espíritu (II Cor. III, 5), dijo: porque la letra mata; pero el espíritu vivifica (Ibid.). Como si dijera: Dios nos hizo ministros del Nuevo Testamento, que no está en la letra que mata, como el Antiguo; sino en el espíritu que vivifica. A ambos, a la muerte de la letra y a la vivificación del espíritu, pertenece lo que añadió: Porque si el ministerio de muerte, grabado con letras en

piedras, fue en gloria; de modo que los hijos de Israel no podían fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, que se desvanece: ¿cómo no será más bien en gloria el ministerio del espíritu? Porque si el ministerio de condenación es gloria, mucho más abunda en gloria el ministerio de justicia. Porque ni siquiera fue glorificado lo que fue glorioso en esta parte, a causa de la gloria excelente. Porque si lo que se desvanece fue con gloria: mucho más lo que permanece es en gloria. Teniendo, pues, tal esperanza, usamos de mucha confianza: y no como Moisés que ponía un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de lo que se desvanece; pero sus sentidos fueron embotados: porque hasta el día de hoy el mismo velo permanece no revelado en la lectura del Antiguo Testamento; porque en Cristo se desvanece. Pero hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre su corazón. Pero cuando se conviertan al Señor, el velo será quitado. El Señor es el espíritu; y donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad. Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el espíritu del Señor. Por eso, teniendo este ministerio, según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos (II Cor. III, 7-18, IV, 1). Sobre la muerte de la letra y la vivificación del espíritu, me parece superfluo añadir algo más. Por lo tanto, está suficientemente claro que ni a los griegos les beneficia, ni a nosotros nos perjudica, lo que objetan sobre la letra que mata.

CAPÍTULO VI. Cómo el profeta manda sacrificar alabanza con fermentado.

Pero lo que asumen del profeta: Venid a Gálgala, y obrad impiamente: y ofreced sacrificio de alabanza con fermentado (Amós IV, 5); debe entenderse que fue dicho ya sea aprobando tal sacrificio, o reprobándolo. Pero si el profeta ordena esto, para hablar según ellos, la letra mata a aquellos que, guardando la letra, sacrifican con fermentado. Pero si esto fue dicho reprochando, ¿con qué cara sacrifican lo que el profeta execró en sacrificio: o con qué razón lo asumen como autoridad para ellos? Pero que el profeta no dijo esto ordenando, sino reprendiendo, no hay duda; ya que lo asoció a una acción impía. Pues había dicho: Venid a Betel, y obrad impiamente. Y poco después, continuando la reprensión, dijo: Y ofreced sacrificio de alabanza con fermentado. Por lo tanto, defiendan su parte fermentaria con tanta razón como los azimitas fortalecen la suya: o rechacen su fermento, y háganse azimitas: o si no pueden hacer esto, ni quieren aquello, al menos no reprendan a los azimitas.

CAPÍTULO VII. Los matrimonios de los latinos de la misma parentela en ciertos grados distantes, mal reprobados por los griegos.

En la tercera cuestión, según entiendo, mandáis que los griegos detestan nuestros matrimonios, donde parientes se unen con parientes de otra parentela. Lo cual, ¿por qué lo hacen, no veo ninguna autoridad o razón. Pues si prohíben que esto se haga en sus matrimonios, o no extienden las parentelas hasta la séptima generación, como nosotros; o parece imposible guardar lo que ordenan. Pues a menudo hay en una parentela más de cien hombres y mujeres necesitados de matrimonio. Por lo tanto, es necesario encontrar tantas parentelas, de cada una de las cuales se elijan hombres y mujeres, a quienes aquellos de una parentela se unan individualmente. Por lo tanto, o sus matrimonios son indudablemente detestables, si están dentro de siete generaciones; y no deben reprochar los nuestros, cuando parientes se unen con parientes de otra parentela, lo cual ninguna autoridad o razón prohíbe; o es imposible, como dije, guardar lo que ordenan; que es, que se busquen tantas parentelas para los matrimonios de una parentela, como hay en ella hombres y mujeres que buscan matrimonio. Pero lo que se hace sin toda autoridad y razón contra la razón, sin duda se juzga razonablemente repudiable.